



La hija de Diego de Miranda



l confuso, el chapucero de Cervantes no volvía a leer lo escrito. No lo corregía, y consecuencia de tal falta de esmero son los famosos errores del texto. El rucio de Sancho, que desaparece y reaparece. Se pone el sol dos veces, sin haberse levantado (*Don Quijote*, I, 37 y 42). La mujer de Sancho: ¿Teresa o Juana?

En la segunda parte de *Don Quijote*, escarmentado por los comentarios sobre el primero, Cervantes se cuida mejor. Pero todavía se le escapan errores gordos. Uno de los clásicos “gazapos” de *Don Quijote* se encuentra en el capítulo II, 16. El autosatisfecho Diego de Miranda, orgulloso incluso de su modestia, comenta a DQ que “paso la vida con mi mujer, y con mis hijos, y con mis amigos.” Pero pocas líneas después, no tiene sino “un hijo, que, a no tenerle, quizá me juzgara más dichoso de lo que soy.” Y de allí, el grito en el cielo.

Pero hay otra explicación.

Nada de lo que dice el Caballero del Verde Gabán excluye que tenga una hija. Incluso podría tener varias, pero válganos una. Aunque tenga un solo “hijo,” todavía puede tener “hijos.”

Que esta hija no aparezca en la obra no tiene por qué sorprendernos. La mujer de don Diego apenas se ve. Ella y su hijo salen a recibir a Don Quijote, y “la señora” le recibe no con palabras, sino con “muestras de mucho amor y de mucha cortesía.” Y a continuación, la muda doña Cristina se ocupa en poner las mesas (II, 18).

La hija de don Diego no tiene nada que hacer. No es necesario que salude a los visitantes importantes. Si la madre no tiene nada

que decir, ¿cómo podría interesar a un gran señor una hija, que además carece de los estudios de su hermano? En la casa bien ordenada, como vemos en Cervantes, las mozas están guardadas como un tesoro. Hay que protegerlas de sí mismas. Porque si una casada demuestra “mucho amor” con un desconocido, ¿qué haría una hija, acaso en edad de merecer?

Incluso la hija invisible explica la insistencia de don Diego en que los libros de caballerías no pasen los umbrales de su puerta. A él no le interesan ni le entretienen, y su hijo se ocupa de la poesía. A quienes podrían interesar estos libros es a las mujeres, y el peligro que las lecturas caballerescas representaban para las doncellas fue comentado por varios críticos de su tiempo.

Así que hemos descubierto y rescatado a otra mujer cervantina—la más callada e invisible de todas. Sin poder salir de casa, sin voz, incluso sin nombre. Desde luego, sin amor paternal. Otra de las tristes, reprimidas mujeres cervantinas.